# LA SOMBRA DEL DRAGÓN

## LIBRO I - KIRA

KATE O'HEARN

Título original: *Shadow of the Dragon. Part One - Kira*

1.ª edición: noviembre 2010

© Del texto: Kate O'Hearn, 2008
Publicado por primera vez en Gran Bretaña
por Hodder Children's Books
© De la traducción: Borja García Bercero, 2010
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2010
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta de Angelo Rinaldi

ISBN: 978-84-667-9334-6
Depósito legal: B-24.799/2010
Impreso en Romanyà Valls, S. A.
La Zarzuela, 6
Capellades (Barcelona)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro
son las establecidas por la Real Academia Española
en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# Capítulo 1

—¡Yo no me quiero casar!

—¡No tienes más remedio!

Kira miró los ojos centelleantes que su padre tenía clavados en ella. Cuando se ponía así, no había forma de razonar con él. Se volvió con desesperación a su madre, que estaba sentada al otro extremo de la mesa, y rogó:

—Madre, por favor, no me quiero casar, soy demasiado joven.

En vez de contestar, su madre cerró los ojos y bajó la cabeza mientras las lágrimas corrían silenciosas por sus mejillas.

Kira se dirigió de nuevo a su padre.

—Pero, padre, por favor, yo no conozco a nadie que se llame Jurrie. ¿Cómo quieres que me case con alguien a quien no he visto en mi vida?

—Tú no le conoces, pero yo sí —contestó su padre—. Es un buen chico y te tratará bien. No podíamos haber encontrado mejor marido para ti.

Kira se recostó en la silla y cruzó los brazos. No podía creer que sus padres fueran capaces de hacerle una cosa así.

—¿Por qué ahora? —preguntó—. ¿Por qué me hacéis esto ahora que tenemos que recoger la cosecha?

—¿Por qué? —repitió su padre—. ¿Me preguntas por qué? —Se levantó de la silla sin coger la muleta y fue saltando sobre una pierna hacia un pergamino que había fijado en la pared de encima de la chimenea. Lo cogió, volvió saltando a la mesa y lo estampó sobre ella, delante de Kira.

—¡La Primera Ley, ahí tienes el por qué!

Kira contempló el borroso pergamino. No le habían enseñado a leer, pero sabía perfectamente lo que decía. Hasta donde le alcanzaba la memoria, siempre le habían estado machacando los seis puntos de La Primera Ley. Sin decir nada, volvió de nuevo la vista hacia su padre.

—La Primera Ley —repitió él—. Después de tantos años, ¿tengo que volver a enseñártela? —Antes de que Kira tuviera ocasión de decir que no, su padre cogió el pergamino y se puso a leer en voz alta.

—Punto uno: no se permite a las mujeres salir de casa si no van acompañadas por su padre, sus hermanos o su marido, ni alejarse más allá del pueblo más próximo. Punto dos: las mujeres no estudiarán. Punto tres: no cazarán, ni lucharán, ni participarán en actividades que se consideren varoniles. No se vestirán de hombre ni llevarán armas de ninguna clase. Punto cuatro: a las mujeres no les está permitido visitar el palacio ni aproximarse al rey.

Kira alzó una mano y cogió a su padre del brazo.

—Papá, ya me sé la Primera Ley…

—¡Es evidente que no! —la interrumpió—. O sabrías que el siguiente punto te incumbe de manera directa. —Se sacudió la mano de Kira y siguió leyendo en voz alta—. Punto cinco: las mujeres deben comprometerse a los doce años de edad con el hombre o muchacho con quien se casarán antes de cumplir los trece. En el día siguiente a la ceremonia del matrimonio, el esposo dará conocimiento de ello al rey.

Dejó el pergamino sobre la mesa y volvió con dificultad a su lugar en la cabecera de la mesa.

—Kira, tienes doce años. Tu madre y yo hemos esperado el mayor tiempo posible, pero no puede postergarse más. La Primera Ley está escrita expresamente para las mujeres. Y tú eres mujer. Te guste o no, lo eres. ¡Y sea como sea, te casarás con Jurrie antes del verano!

—Por favor, Kira —terció tímidamente su madre—. Escucha a tu padre. Él sabe lo que más te conviene. Sabe lo que más nos conviene a todos.

Kira movió negativamente la cabeza y se acercó más a ella.

—Casarme con un desconocido no es lo mejor para mí. Yo no me quiero casar. Quiero ir a palacio y trabajar en las cuadras de los dragones y aprender a ser un caballero del dragón, como lo era mi padre antes de su accidente con Ariel.

—¡Kira, no! —dijo su madre en voz baja mientras sus ojos nerviosos volvían a fijarse en su esposo.

—¿Qué es eso que acabas de decir? —preguntó el padre, enojado, frunciendo sus negras cejas—. ¿Acabo de oír que vuelves a hablar de dragones? ¿Cuántas veces

te lo tengo que decir? ¡No vuelvas a mencionar a esos monstruos en esta casa!

Kira vio como la cólera de su padre estaba a punto de estallar. Pero a medida que él se iba poniendo más furioso, también ella sentía que empezaba a quemarla su propia ira.

—¡Eso es una injusticia! ¡La próxima estación, Dane va a ir a palacio para aprender a montarlos! ¿Y a mí qué me toca? Un marido. Pues no lo quiero. ¡Si no puedo ir a palacio, iré a la Montaña Maldita y domaré a Ferarchi!

—¿A Ferarchi? —gritó su padre—. ¿A Ferarchi? —Hecho una furia, volvió la vista hacia su mujer y levantó los brazos con exasperación—. ¿De dónde saca esta chica esas ideas disparatadas?

Miró de nuevo a Kira.

—Escúchame, hijita. Ferarchi es el dragón más feroz que jamás haya pisado esta tierra. Mata. Eso es lo único que hace. Matar y devorar. Mientras vuele libremente por esas montañas, todo el que se acerque a él está condenado. Júrame que nunca te acercarás a uno de ellos. —Dio un violento puñetazo en la mesa volcando un jarrón de flores silvestres y haciéndolo caer al suelo—. ¡Júramelo!

Kira vio que la cara de su padre se había puesto roja de ira. Nunca en la vida lo había visto tan enfadado. Ni siquiera cuando su hermano Dane le rompió su hacha favorita. Aterrada, asintió levemente con la cabeza:

—Perdóname, padre. Juro que no iré nunca a la Montaña Maldita a ver a Ferarchi.

Entre padre e hija pasó un angustioso momento de silencio. Por fin, él suspiró. Luego, con un tono de voz más suave, se dirigió a ella con ojos implorantes.

—Kira, por favor. Entre todas las reglas de la Primera Ley del rey, la última es la más rigurosa. —Cogió de nuevo el pergamino y leyó en voz alta—: Punto seis: bajo ninguna circunstancia se permitirá que una mujer se acerque a los dragones.

Cuando terminó, dejó el pergamino otra vez sobre la mesa.

—La pena por desobedecer cualquiera de estos puntos es un viaje al presidio Lasser para ser ejecutada. Pero el castigo por violar el último es una lenta tortura antes de morir.

—Pero, padre… —suplicó Kira.

—No hay peros que valgan —repuso él en voz baja llevándose un dedo encallecido a los labios—. Escúchame, por favor. Dorcon lleva años esperando vengarse de mí por lo que cree que le hice. Buscando la ocasión para desacreditarme ante el rey. Si no consigue hundirme directamente, lo hará a través de ti. Tienes que hacer lo que manda la Primera Ley o Dorcon aparecerá como un rayo para vengarse de todos nosotros.

—¿Qué tiene que ver Lord Dorcon conmigo? —dijo Kira—. Aquella pelea fue contigo, no conmigo.

—Dorcon me odia —explicó su padre—, y eso significa que por extensión también te odia a ti. Estoy seguro de que si por él fuera nos mandaría a todos al Lasser.

—Tu padre tiene razón, Kira —intervino su madre—. Lord Dorcon es una mala persona. No sería nada

bueno para la reputación de tu padre que tuviera que presentarse aquí por tu culpa.

Kira se volvió atónita hacia su madre.

—¿Te preocupa la reputación de padre? ¿Y lo que me pase a mí, qué?

—¿Y a ti qué te pasa? —barbotó su padre, otra vez enfadado.

—¡Que no me quiero casar! ¡Y que es una injusticia que se me obligue a hacerlo!

—¿Qué sabes tú de injusticias? —inquirió él con dureza—. Fue una injusticia que mi propio dragón se volviera contra mí y me comiera una pierna. Fue una injusticia que a Dorcon lo ascendieran por encima de mí porque yo ya no podía luchar. La vida es injusta, Kira.

—Pero es que yo no quiero ir a…

—¡No tienes más remedio! —gritó. Luego hizo una pausa y de pronto su voz cobró un tono muy frío—: Vas a hacer exactamente lo que te digamos tu madre y yo. En primavera, te guste o no te guste, te casarás con ese muchacho. Es la Primera Ley. Violarla es morir.

De pronto, los ojos de Kira refulgieron con una ira que igualaba a la de su padre.

—Que el rey odie a las mujeres y haga esas leyes idiotas no significa que tengamos que obedecerlas a ciegas. ¡Yo no me quiero casar! ¿Me has oído? ¡No quiero y tú no puedes obligarme! —Kira se puso en pie y echó hacia atrás la silla—. ¡No pienso hacerlo! —Sin mirar a las caras desconcertadas de sus padres, salió corriendo de la casa.

Una vez fuera, pasó junto a su hermana pequeña, que estaba jugando con los pollitos en el patio, y se dirigió di-

rectamente al sembrado. La primavera estaba terminando y los tallos sobrepasaban su cabeza. Mientras corría, el sonido de su falda al rozar el grano puesto a secar emitía una especie de suspiro, casi como si el campo llorara por ella.

Corría sin rumbo. No podía creer que sus padres le hicieran aquello. Ella no quería casarse. Lo que quería era trabajar con los dragones en las cuadras de palacio. De pronto, aquel sueño le parecía más remoto que nunca.

Cuando ya no pudo correr más, siguió andando. Mientras vagaba a solas, intentaba encontrar una forma de librarse de aquel compromiso. Tenía que haber algo que pudiera hacer, un lugar al que pudiera huir y en donde ser mujer no fuera una maldición.

Furiosa por aquella injusticia llegó al límite de las tierras de sus padres. A lo lejos veía alzarse majestuosa la Montaña Maldita. Tomó asiento, clavó la vista en la alta montaña y esperó.

Aquel era su lugar secreto. El único sitio en que podía estar a solas con sus pensamientos. Un lugar donde podía ver volar a Ferarchi por encima de las montañas, y envidiar su libertad.

—¿Kira?

Sobresaltada, se volvió hacia la cara arrebolada de su hermana pequeña.

—Sombra, ¿qué estás haciendo aquí?

Elspeth gimoteó y se limpió la nariz con la manga.

—Te he oído gritar y te he seguido. Por favor, no te enfades conmigo.

Kira miró a su hermana y suspiró. Elspeth había sido su sombra desde el día en que echó a andar. No

podía ir a ningún sitio sin que Elspeth la encontrara. Y, a decir verdad, Kira siempre estaba dispuesta a hacer por ella lo que fuera.

—No estoy enfadada contigo —dijo cariñosamente—. Ven aquí y siéntate. —Dio una palmada en el suelo y rodeó con un brazo protector los delgados brazos de su hermana—. Gritaba porque nuestros padres dijeron algo que me indignó.

—¿El qué?

Kira suspiró de nuevo.

—Me dijeron que me habían buscado un marido. Que habían encontrado a un chico en el pueblo de al lado y que teníamos que casarnos. Así que en primavera me van a mandar a vivir con él.

Elspeth abrió los ojos como platos.

—¡Tú no te puedes ir de aquí!

—Tengo que irme. Es la ley.

—Pues yo me voy contigo. —Elspeth cruzó los brazos con firmeza—. No pueden separarnos.

—Sombra, escúchame, por favor —suplicó Kira sintiendo que le rompía el corazón tener que decir a su hermana que no podría acompañarla—. Nuestra madre te necesita. Tú eres un apoyo para ella. Si no, ¿quién iba a echar de comer a los polluelos o a contar en el granero los gatitos que van naciendo? ¿Qué sería de los otros animales? Ellos también te necesitan aquí. Eres la única con la que hablan.

Elspeth sorbió por la nariz y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Pero yo no quiero que te vayas!

Kira contempló de nuevo la montaña y dijo en voz baja:

—Yo tampoco me quiero ir. —Acurrucada junto a su hermana señaló a la montaña—. ¿Ves ahí arriba?

Elspeth miró adonde apuntaba Kira.

—Ajá…

—Esa es la Montaña Maldita. El Salvaje vive ahí arriba. Él es libre. ¿Pero, tú y yo? Nosotras no. El rey nos odia, así que nos obliga a hacer cosas que no queremos hacer.

—¿Por qué? ¿Qué le hemos hecho nosotras?

—¿Nosotras? Nada —repuso Kira, pensativa—. El rey siempre ha odiado a las mujeres. Madre dice que su padre y su abuelo también. Nadie sabe por qué, pero todos los reyes nos odian.

Elspeth volvió a sorber y miró hacia las montañas.

—Entonces a lo mejor deberíamos ir allí.

Apretando un poco más a su hermana contra sí, Kira estudió las montañas y se preguntó cómo sería disponer de una libertad como la que tenía Ferarchi. O vivir en una tierra en donde las niñas pudieran viajar solas y no se las obligara a casarse con muchachos que no conocían, y pudieran ser lo que quisieran, no lo que el rey ordenara que fueran.

Empezaba a sentir en sus ojos el picor de las lágrimas mientras intentaba desesperadamente enfrentarse a su destino. Sus padres decían que tenía que casarse con un desconocido del pueblo de al lado. Pero, en el fondo de su corazón, ella sabía que no podía hacerlo. Tenía que haber una salida.

El día fue declinando lentamente mientras Kira permanecía sentada junto a su hermana contemplando las montañas. Se sentía agotada y vencida. No se le ocurría nada que pudiera cambiar su destino.

Cuando por fin el sol superó el cenit y comenzó a ponerse por el oeste, Kira comprendió de mala gana que era hora de llevar a su hermana a casa. Se puso en pie y le tendió la mano.

—Vamos, Sombra, tenemos que volver.

Elspeth se puso lentamente de pie y señaló al cielo.

—¿Qué es eso?

Kira se volvió y siguió la dirección a la que apuntaba el dedo de su hermana, hasta divisar una gran forma oscura que se dibujaba en el cielo lejano. De golpe desapareció todo pensamiento sobre su próxima boda.

—Ferarchi —suspiró contemplando con envidia al dragón que se elevaba sobre el sol poniente.

—¿Pero no dijiste que era el Salvaje el que vive allí arriba?

—Sí. El Salvaje es Ferarchi. Ese es su verdadero nombre. Se llamaba así antes de escapar y volverse salvaje.

—¿Entonces es el dragón malo del que padre no quiere hablar?

—¡Sí, ese es! —dijo Kira orgullosa—. Cuando yo tenía tu edad, antes de que padre tuviera el accidente con Ariel, me contó que siendo niño trabajó con el hombre que había domado y montado a Ferarchi.

Kira hizo una pausa, cogió una espiga por el tallo y la arrancó. Blandiéndola como un sable, lanzó estocadas al aire y contra las espigas más cercanas.

—Su dueño le contaba unas historias asombrosas sobre las feroces batallas en las que había luchado y vencido con aquel dragón —se volvió hacia Elspeth y se puso a hacerle cosquillas en la cara con el extremo de la espiga hasta que su hermana no pudo contener la risa—. Pero Ferarchi era malo y peligroso, quizá el dragón más fiero que jamás haya habido en el reino —hizo una pausa y levantó un dedo—.Y el más inteligente también.

—¿Cómo se escapó? —preguntó Elspeth acurrucándose detrás de Kira mientras esta alzaba la espiga y señalaba al dragón que se remontaba en el cielo.

—Padre me ha dicho que cuando su dueño murió en un combate… ¡Ferarchi se volvió loco! Mató a muchos hombres y dragones de los dos bandos y después se escapó. Cuando se estableció en las montañas, dejaron de llamarlo Ferarchi y empezaron a llamarlo el Salvaje. Desde entonces vive allí. Algunas veces el rey manda caballeros para que intenten matarlo.

—¿Por qué? —preguntó Elspeth.

—Porque el rey odia a los dragones casi tanto como odia a las mujeres. Pero ese dragón asilvestrado gana siempre. Ahora hay muchas leyendas acerca de él.

Mientras Kira observaba al Salvaje volar por los aires, volvió a envidiar su libertad.

—¡Ojalá yo también pudiera ser libre, Ferarchi! —suspiró.

—¡Y yo también! —dijo Elspeth imitando el suspiro de su hermana.

Cuando el dragón desapareció al fin detrás de la montaña, Kira dejó de mala gana de mirar hacia allá.

Luego revolvió juguetona el pelo de su hermana y dijo:

—Anda, vámonos a casa.